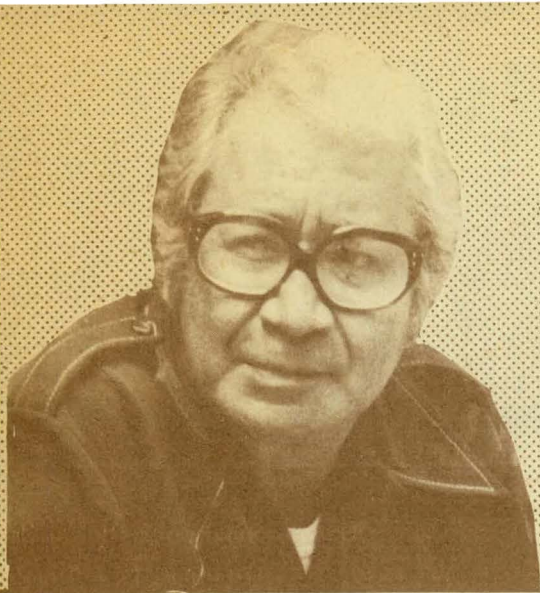




Este oficio del Periodismo

POR ALBERTO DOMINGO



Procuradora Victoria Adato... "a todos les pasa".

Pensar (decía mi abuela Luz que en gloria esté, que en gloria debe estar) es como "hablar por dentro". En consecuencia, hablar es como "pensar hacia afuera".

Entonces, escribir es pensar y hablar sobre un papel, para que el pensamiento y la palabra puedan sentirlos, con el papel impreso y repetido muchas veces, no sólo el vecino con el que uno se comunica a voz abierta y viva, sino muchos más seres semejantes a lo largo y lo ancho del mundo.

De sentir y saber las cosas que ante nuestros ojos y nuestro sentimiento pasan, y de escribirlo, y luego de imprimirlo en un papel, en muchos papeles, para que a muchos receptores vayan, está hecho el periodismo. Su nombre de pila sólo viene de que la publicación se acostumbra hacer con "periodicidad".

La gente aislada, la gente en soledad como sistema de vida —si eso es vida—, poco aporta —eso es terriblemente lógico— a la comunidad del mundo. Y el periodismo, como medio de comunicación, trata de romper esa prisión infame. Sólo que, como a nadie, por ejemplo, le gusta que le hagan público el grano en la nariz o la úlcera en el estómago o el hecho de robar o la frialdad en el corazón, el periodismo —el informar, el comentar, el divulgar, el criticar— es un oficio que no recibe aplausos generales.

El periodismo es un oficio, y por tanto un trabajo que requiere de aprendizaje, ejercicio constante y estudio ardoroso para acceder a la maestría. Y como todo oficio —la medicina, la jurisprudencia, la música—, ha de cumplirse sobre la práctica. No es un arte que se hace una vez y se abandona.

Ora que —ya lo sé— periodista suele llamarse cualquiera que se mete a un periódico. Hay quienes patean las teclas, manchan las planas, con regüeldos de "me chuto esa chava" o "mis tetramelones de lectores". Pero hacer periodismo es comunicarse con los semejantes, no confundirlos ni embromarlos bajamente.

Todo esto viene a cuento (o quiero traerlo a cuento), porque hace unos minutos me enteré de que a una compañera periodista la agreden malamente. Los periodistas no tenemos, ni queremos tener, fueros, excepciones frente a las leyes. Pero sí deseamos un campo de libertad para observar, inquirir, y denunciar lo que nos parece cosa que ha de hacerse pública. El periodista va a donde otros no llegan; el periodista dice, magnífica, lo que otros sí quieren y no pueden.

En este oficio, ¡claro, como en muchos, se corren riesgos. A Manú Dornbierer, cuando denunció las infamias de los torpes "asentamientos humanos" en Acapulco, lo menos que le pasó fue que la insultaron en su calidad de mujer, de esposa y madre. Más como los insultos son como las llamadas a misa... va quien quiere, ya no pasó de ahí. Pero ahora —y es este el amargor en nuestro gremio— los insultos se "materializan", por decirlo así.

Me explico: ante la casa de Manú pasean, ominosos, coches de no sé qué policía o no sé qué mafia... hampones de pistola 45 la rondan y quieren intimidarla... disparan balas de alto calibre —eso ya no es sólo imaginación detectivesca— en contra de su ventana... y ya lo peor: entran a saco en su departamento y, con la prepotencia de los coches sin placas, de los "civiles" con pistolas, del "venimos de parte del jefe", la roban.

Antes, cuando Manú Dornbierer no escribía en los periódicos... O aún cuando ya escribiendo en los periódicos, Manú Dornbierer no enfatizaba tanto en sus escritos sobre tal y sobre cual sujetos de delincuencia nacionalmente reprochable, nadie le tiroteaba las ventanas, nadie le asaltaba la casa.

Ella, como ciudadana común, acudió ante la procuradora de Justicia en el D.F., la licenciada Victoria Adato, y me dicen —Manú— que ante la denuncia aquella respondió: "A todos les pasa", y casi se da el carpetazo a la trémula angustia de una mujer honrada, y yo me quiero morir de miedo.

En los últimos dos meses asaltaron a una compañera de Televisa —hablo de asalto en pleno día, con lujo de violencia, pinchándola con un cuchillo en el vientre—; asaltaron a la madre de mis hijos, en la mañana, en el mercado de La Merced, casi desnucándola para arrebatarle el monedero; asaltaron a mi hija, a la puerta de un banco, con el amago de una pistola; me asaltaron a mí, a diez metros de la puerta de la casa, golpeándome por la espalda y casi estrangulándome para arrebatarme reloj, pulsera, anteojos y cartera; ¿y dice doña Victoria que "eso" les pasa a todos?

Pues qué mal que a todos nos pase. Qué mal que la pobreza general, en este país, rebajada a miseria, multiplique a los delincuentes.

Yo sólo digo a Manú —me digo a mí— que si no nos unimos, si los del mismo oficio periodístico, los del mismo gremio azaroso, los de la misma amistad y la misma ventura, no vamos juntos a pedir (gritar blasfemias no, no tiene caso), que el periodista, como cualquiera ciudadano, tenga garantías en su vida, seguiremos de blanco fácil para los tiradores, para los golpeadores de pronósticos y, ¡caramba!, adscritos al erario.

Sabido es (y de eso hemos de tomar también cuenta) que a este bello y arduo oficio se cuelan inenarrables analfabetos con credencial. Los pillos mordelones, que ensucian el oficio cabal.

De esos hay en la policía, en la judicatura; pero... ¡sólo se pide una atención, no un privilegio, para nuestros quebrantos, nuestras penas! ¿No cree usted?

23/XI/83

VAMOS A UNIRNOS PARA NO SER BLANCO FÁCIL